

4. ORIENTACIONES DOCTRINALES Y PRACTICAS SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA ECLESIAL *

Servicio de evangelización

1. Queridos hermanos en el Episcopado, queridos sacerdotes, diáconos, colaboradores y colaboradoras pastorales, y vosotros todos que dedicáis gran parte de vuestro tiempo libre al desarrollo de vuestras parroquias; os saludo a todos muy cordialmente.

Saludo también a las decenas de millares de creyentes que actúan en las parroquias y en otros organismos diocesanos y nacionales, y a los que están sintonizando con nosotros por medio de la televisión o de la radio. En el nombre de Cristo, Señor de la Iglesia, os doy las gracias sinceramente por todo lo que hacéis con amoroso esfuerzo.

Estoy aquí para animaros y estimularos a continuar vuestro trabajo, frecuentemente modesto y oculto, pero tan indispensable para la vitalidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo. Deseo ardientemente y pido al Señor, que por medio de mis palabras cada uno de vosotros encuentre un nuevo entusiasmo que sostenga su compromiso y le dé, al mismo tiempo, la luz y las orientaciones necesarias para un servicio cada vez más eficaz a la Buena Nueva de la salvación.

La parroquia comunidad de fe, esperanza y amor

2. He seguido con gran interés la presentación que me habéis hecho de los diferentes modos en que se articula la vida de una parroquia en los Países Bajos. Y he admirado muchos de los aspectos de la actividad litúrgica, catequética, caritativa que se despliega, gracias a la generosa participación de los diversos grupos que forman el Pueblo de Dios. Y precisamente a partir de esto, quisiera haceros partícipes de una primera convicción, que frecuentemente he tenido oportunidad de poner de relieve: la *misión esencial* que la parroquia está llamada a desempeñar, también en el contexto actual y en el ambiente urbano. Efectivamente, cuando se habla del compromiso por la renovación de la vida cristiana, hay que subrayar en primerísimo lugar la importancia de la parroquia. Sucede que la parroquia está amenazada, y a veces hasta atormentada, por serias crisis. Sin embargo, a pesar de esto, constituye la expresión normal de la vida religiosa del pueblo cristiano.

Es verdad que la parroquia no se basta a sí misma. Debe incorporarse a un conjunto más amplio y recibir apoyo del exterior. Pero es un órgano indispensable en la vida de la

* Discurso a los sacerdotes, diáconos y agentes pastorales en el Centro de Congresos de Utrecht (Holanda), el domingo 12 de mayo de 1985. Texto español en OssRom, 19 de mayo de 1985, pp. 9-10.

Iglesia. Después de la familia, es la primera escuela de religión, de oración y de formación moral cristianas. Después de la familia, es el terreno más propicio para poner en práctica el amor del prójimo; representa el lugar más apropiado y más importante para la predicación y la catequesis. A este propósito, la definición que el nuevo Código de Derecho Canónico da de la parroquia, es muy significativa. La describe como una «determinada comunidad de fieles, constituida de modo estable en la Iglesia particular» (*Código de Derecho Canónico*, can. 515, par. 1).

La parroquia debe realizar esto, descubriendo que es una *comunidad de fe, de esperanza y de amor*. Una parroquia no es sólo una comunidad de hombres que ejercen cierto número de funciones sociales. Una parroquia es una comunidad de *creyentes*, los cuales, en virtud de la fe que comparten, se remontan a la fuente de su unión: la Palabra de Dios anunciada y escuchada en la celebración de los divinos misterios.

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial

3. Y precisamente en torno a la mesa eucarística, sobre todo, la comunidad cristiana se reconoce por lo que es: «Linaje escogido, sacerdocio regio, gente santa, pueblo adquirido para pregonar las excelencias del que os llamó» (1 Pe 2, 9). Al participar en la Eucaristía, cada uno de los fieles manifiesta del modo más claro esa *dimensión sacerdotal* que es propia de su ser nuevo de *renacido en Cristo* por medio del *bautismo*.

Pero también en torno a la mesa eucarística queda manifiesto que, dentro del único pueblo sacerdotal, se da una *participación diferente* en el único sacerdocio de Cristo: efectivamente el que preside la celebración, como ha subrayado el Vaticano II, «realiza el sacrificio eucarístico, en la persona de Cristo, y lo ofrece en nombre de todo el pueblo»; en cambio, «los fieles, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía» (*Lumen gentium*, 10).

Fue Cristo mismo quien quiso esta diferenciación «esencial y no sólo en grado» (*ib.*); y la quiso en función del sacerdocio común de los fieles, a fin de que el Pueblo de Dios fuera presencia cada vez más viva de fe, anuncio cada vez más creíble de esperanza, fermento cada vez más eficaz de amor en el mundo. No se nos concede, pues, un privilegio, sino un servicio, queridísimos hermanos en el sacerdocio. Cristo espera de nosotros esa disponibilidad plena en el don de nosotros mismos, que hizo de El *el hombre para los otros*. «Se trata de humilde prontitud para aceptar los dones del Espíritu Santo y para dar generosamente a los demás los frutos del amor y de la paz, para darles la certeza de la fe, de la que derivan la comprensión profunda del sentido de la existencia humana y la capacidad de introducir el orden moral en la vida de los individuos y en los ambientes humanos» (Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo 1979, n. 4).

El sacerdote que vive su misión con este espíritu, lejos de sofocar, suscita y estimula el compromiso de los laicos en la parroquia, sintonizando gozosamente con la acción del Espíritu Santo, que «distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere sus dones, con los que los hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras; 'A cada uno... se le otorga la manifestación del Espíritu para utilidad común' (1 Cor 12, 7)» (*Lumen gentium*, 12).

La acción de los laicos en la Iglesia

4. Cada uno está llamado a edificar la vida de la parroquia. Lejos de ser sólo sujetos pasivos en la actividad pastoral, los laicos, basados en su vocación cristiana, deben ser

constructores activos. Cada uno está llamado a dar testimonio del Espíritu que le ha sido otorgado en la medida de sus talentos y capacidades.

Entre las decisiones del Sínodo extraordinario de los Obispos de los Países Bajos, se dijo expresamente, en el número 33: «Los miembros del Sínodo son conscientes del hecho de que los laicos contribuyen en gran medida a la actividad pastoral de la Iglesia. Dan gracias de todo corazón a los millares de laicos que participan benévola y regularmente, de modos muy diversos, en funciones como la liturgia, las actividades sociales, la catequesis de los niños y de los adultos, el intercambio y la ayuda recíproca, los esfuerzos por la justicia y la paz. Estos laicos se esfuerzan, en condiciones con frecuencia difíciles, en hacer presente a la Iglesia en un mundo cada vez más secularizado». El Sínodo expresa igualmente sus sentimientos de profunda gratitud a los numerosos cristianos, «de modo especial a los enfermos y a las personas de la tercera edad, que robustecen el trabajo de la Iglesia con sus oraciones y su sacrificio».

Entre estos laicos, quiero dirigirme de manera especial a los numerosos colaboradores y colaboradoras pastorales que, con generosidad y convicción, se afanan por servir la misión pastoral de la Iglesia. El encargo que han recibido del obispo los invita a ser, en íntima colaboración con el sacerdote y con el diácono permanente, los heraldos de la Palabra de Dios y los testigos del Mensaje de Cristo, para hacer penetrar los valores evangélicos en todos los ambientes de la sociedad. Gracias a una formación doctrinal y pastoral apropiada y continua, en el desempeño de tareas diversas y múltiples, podrán profundizar en el sentido de su misión particular: la de saberse asociados directamente a la misión pastoral de la Iglesia en cuanto laicos, rehusando convertirse en simples funcionarios eclesiales o atribuirse las funciones que son propias del sacerdote o del diácono permanente. Su misión es importante, sobre todo en un mundo cada vez más descristianizado y secularizado. Todos dan una aportación que hay que apreciar en su justo valor. Para la vida del Cuerpo de la Iglesia es necesario que todos los miembros ejerzan su misión de acuerdo con la identidad propia de cada uno: con unidad de espíritu en la diversidad de funciones. Pablo ha escrito: «Si todo el cuerpo fuera ojos, ¿dónde estaría el oído? Y si todo él fuera oídos, ¿dónde estaría el olfato? Pero Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos como ha querido. Si todos fueran un miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Los miembros son muchos, pero uno solo el cuerpo» (1 Cor 12, 17-21).

Las comunidades de base

5. Cuando hablamos de parroquias, no podemos menos de mencionar las diferentes agrupaciones que se presentan bajo la denominación de «comunidades de base». Estas comunidades ponen de relieve los valores positivos, cuando sus miembros tratan de realizar, de manera sencilla y sincera, el Evangelio en su vida cotidiana.

Sin embargo, el peligro que amenaza a estas nuevas formas comunitarias es que, a veces, se consideran como la sola y única forma de ser Iglesia. Sus miembros corren el riesgo de encerrarse en grupos estrechos y de tomar distancia de la que ellos llaman la «Iglesia institucional».

Corresponde al párroco, al obispo y a todos los que están interesados en el desarrollo de las parroquias, abrirse a los valores positivos de estas comunidades; deben sacar beneficios de ellas para las parroquias. Pero debe quedar bien claro que estas comunidades de base no deben presentarse como una variante de las parroquias. Sus miembros tienen, como cada cristiano, el deber de estar prontos a servir a la parroquia y a la diócesis; deben unirse al conjunto de las parroquias y de las diócesis. Esta es la única manera de que las experiencias y las convicciones de tales comunidades puedan conseguir todo su valor.

Es decisivo para la vida de la parroquia y de la diócesis, queridos hermanos y hermanas, que cada uno de los fieles, como también las asociaciones y los movimientos, se muevan concordemente en la dirección de las iniciativas que decide el obispo, juntamente con los consejos presbiteral y pastoral, para toda la diócesis. Sólo de esta forma es posible realizar una acción incisiva en el contexto social que nos rodea, animándolo cristianamente y orientándolo a Dios, meta suprema de la historia. Efectivamente, no se debe olvidar la advertencia de Cristo: «Todo reino en sí dividido será desolado y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá» (Mt 12, 25).

Las vocaciones eclesíásticas y la formación de los futuros sacerdotes

6. Por tanto, al exhortaros a cultivar en el espíritu sentimientos de caridad recíproca, que se traduzcan en decisiones concretas de colaboración activa, quiero indicar algunos puntos que considero especialmente importantes y urgentes para una acción pastoral oportuna y eficaz. Entre estos puntos pongo en primer lugar *el afán por las vocaciones eclesíásticas*. Se trata de un problema estrechamente vinculado con la vida misma de la Iglesia y con la causa de la evangelización del mundo: el mensaje de Cristo y la acción vivificante de su gracia pasan, en efecto, normalmente a través de la actuación capilar y asidua de los sacerdotes y de los misioneros. Ciertamente, la vocación depende de la iniciativa divina, como recuerda el mismo Cristo: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros» (Jn 15, 16). Pero la acogida de esta llamada interior supone un conjunto de elementos de orden personal y ambiental, donde está inevitablemente implicada la responsabilidad del individuo y de la comunidad. Por esto, es necesario que la parroquia provea a desarrollar una adecuada *pastoral vocacional* en sintonía con las orientaciones y subsidios del centro diocesano. Luego será necesario dedicar una atención especial a los institutos de formación, en los cuales los jóvenes, que han acogido la llamada divina, se preparen a su futuro ministerio. Efectivamente, es siempre decisiva la importancia que tiene sobre el espíritu del futuro sacerdote la formación intelectual, moral y religiosa que se le imparte durante los años del seminario. No me cansaré, pues, de recomendar el cuidado más atento a este aspecto de la vida eclesial. El capital de amor, de inteligencia, de tiempo, de medios, que se invierte aquí, no dejará de dar a su tiempo tales frutos que compensen los sacrificios afrontados.

La familia y la defensa de la vida

7. Un segundo sector de compromiso, que deseo subrayar, es el de la *pastoral en favor de la familia*. He manifestado ya en otras ocasiones la convicción de que el futuro de la evangelización depende en gran parte de la «iglesia doméstica»: tal como sea la familia, serán los fieles de la Iglesia de mañana. El tema se ha afrontado en el Sínodo de los Obispos de 1980, que trató de esto con profunda sensibilidad pastoral, ofreciendo una rica cantidad de enseñanzas y orientaciones, que luego he presentado al Pueblo de Dios con la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*. Deseo que en toda la Iglesia se trabaje diligentemente según las líneas indicadas en dicho Documento. Sé que ya se hace mucho en vuestras parroquias para ayuda de la familia en los varios momentos de su camino. A la vez que expreso mi aprecio por las iniciativas ya realizadas, os exhorto a perseverar con generosidad en un sector pastoral tan urgente, estudiando las formas de intervención que resulten más eficaces para ayudar a las jóvenes parejas, primero a comprender, y luego a vivir en plenitud el designio de Dios sobre el amor humano. Empresa nada fácil, si se consideran las no leves deformaciones que sobre tal designio se han difundido activamente por varios «centros de opinión» del mundo actual. La dificultad de la tarea, sin embar-

go, no debe llevar al desaliento: el creyente sabe que puede contar con la ayuda de Dios en una causa que toca tan de cerca la dignidad del hombre y su terreno y eterno destino.

En el contexto de la familia me urge, finalmente, señalar a vuestro celo, queridísimos hermanos y hermanas, un tercer objetivo pastoral: el contexto social de hoy parece exigir un compromiso particularmente decisivo por parte de cada persona de buena voluntad *en defensa de la vida*, desde el primer florecer en el seno materno hasta el último aliento del inevitable ocaso. Quizá nunca como hoy, ante un mundo que cede cada vez más a la fascinación tenebrosa de una cultura de la violencia y de la muerte, los cristianos están llamados a dar testimonio de su fe en un Dios «no de muertos, sino de vivos, porque para El todos viven» (Lc 20, 38). Uno de los servicios más importantes que la Iglesia puede prestar al mundo está en esto precisamente: promover con el testimonio de la palabra y del ejemplo una auténtica *cultura de la vida*.

Unidad en torno al obispo y al párroco

8. Deberes arduos, pero exaltantes, queridísimos hermanos y hermanas, son los que una atenta lectura de los «signos de los tiempos» propone a todos los que quieren seguir a Cristo en este último tramo del milenio. Para hacerles frente, es necesario estrecharse juntos, uniendo las fuerzas en una competición de comprensión recíproca y de amor sinceros, que haga converger a todos en torno al pastor común, el obispo diocesano, y a quien lo representa en la comunidad particular, el párroco. En torno a este centro se debe formar una comunidad viva de personas que se estiman y se aman, una comunidad capaz de ofrecer una acogida hospitalaria a todos los que, de acuerdo con los otros feligreses, desean vivir como discípulos de Cristo. Es necesario que se trate de una acogida para la cual se tiene la valentía de abrirse y confiarse el uno al otro, lo mismo que de confiarse a la voz del Señor. Vuestros obispos han dicho a este propósito: «Una acogida no la hace cada uno por su cuenta, sino que se desarrolla a medida que los hombres se la ofrecen recíprocamente. Lo mismo ocurre con la comunidad religiosa. Se convierte en acogida a medida que los ancianos y los jóvenes la edifican con la confianza recíproca» (Geloofsoverdracht: *Carta episcopal*, n. 1, 6, pág. 12).

En la Carta a los Hebreos se dice: «Miremos los unos por los otros para excitarnos a la caridad y a las buenas obras; no abandonando nuestra asamblea, como es costumbre de algunos, sino exhortándonos, y tanto más cuanto que vemos que se acerca el día» (Heb 10, 24-25).

Con esta exhortación que nos viene de la experiencia vivida por la Iglesia primitiva, pongo fin a este encuentro. Estoy contento de haberme reunido con vosotros, porque me interesaba muchísimo. ¡Tened confianza! Venceréis todas las dificultades, si permanecéis unidos, con vuestras oraciones y vuestra obediencia a Jesucristo, Pastor de la Iglesia, Pastor de cada diócesis, Pastor también de vuestra parroquia.

Laudetur Jesus Christus!